

LA CAMPANA

Año I — Núm. 57

Montevideo, Viernes 24 de Mayo de 1878

DIRECTOR — LUIS REVUELTA

DIARIO DE LA TARDE

ALMANAQUE
SABADO 25 — San Gregorio VII — Fiesta Cívica.
DOMINGO 26 — San Felipe Neri, fundador.
LUNES 27 — Santa Magdalena, Letanías.

CONDICIONES

Este diario se publica por la imprenta calle Mercedes número 172.

Suscripción mensual, 1 peso
(Parados adelantados)

AVISOS Y SOLICITADES

Se ruega a los señores que deseen insertar avisos en esta imprenta, que se presenten a las 10 y para una hora en esta imprenta.

LA CAMPANA

MONTevideo, Mayo 24 de 1878

REPUBLICA ARGENTINA

Los diarios que hemos recibido de Buenos Aires, acusan en casi todos sus artículos de redacción, más o menos emborrazados, según los intereses que sirven, el estado de desorganización política por el cual atraviesa nuestra hermana la República vecina.

Es indudable que el Gobierno del Dr. Arriola, de acuerdo con aquella sociedad, un presente griego, cuyas consecuencias serán a no dudarlo, funestas por algún tiempo para los intereses políticos de aquel país.

A la altura que han llegado los acontecimientos que en su seno se desarrollan, no es acertado afirmar que se espera el final de la guerra civil.

La cuestión de Corrientes — cuestión importante por los elementos que tienen interés en ella, se complica por la llegada del Dr. Derqui a Buenos Aires y la actitud que asume ante el Congreso de la Nación.

La de Santa Fe, sobre cuyo fardo intenso se han arrojado algunas patadas de arena, que no han conseguido sino apagar las llamas, dejando palpitante el principio de explosión y de reacción.

La de Entre-Ríos que prepara su manifestación en estos momentos — manifestación esperada y temida que tiene a esa Provincia desde largo tiempo en una inactividad que agota todos sus intereses.

La de Salta, la de la Rioja y la de San Juan, las Provincias del interior, en una mas y en otras menos pronunciado el descontento, las resistencias al poder impuesto y a la opinión sojuzgada, hacen que se espere por momentos en ellas un verdadero cataclismo.

Y sobre todas estas brasas, sobre todos estos volcanes, cuyo denso humo anuncia erupciones poderosas, se disuelve la acción pobre, vacilante y temerosa del Gobierno General, que de pie en la plaza, como el capitán Arata, le grita: embáque el embáque! quedándose él en tierra.

[Triste situación y triste porvenir]
Como corolario de lo que llevamos dicho, palpitemos algunos artículos y ajetos de la prensa de la vecina capital:

La venida del Dr. Derqui

El Dr. Don Manuel Derqui ha venido a Buenos Aires a defender su causa.

Se anuncia que trae consigo un cargamento de documentos justificativos de la legalidad de su elección, y otro de documentos y cartas que comprometen a la seriedad del primer magistrado de la República.

Hace bien el Dr. Derqui de defender su causa hasta el último momento.

Como al ocuparnos de la cuestión de Corrientes hemos prescindido del examen de los hechos que con ella se relacionan para contrarrestar solo al estudio de los puntos constitucionales que nacen de las declaraciones que contiene el mensaje del

Presidente, dejaremos al Dr. Derqui seguir en plena tranquilidad sus trabajos.

Andujase que el plan de campaña es este: tratar de obtener mayoría en el Congreso para que la intervención nacional sostenga a Derqui como gobernador legal, y si para eso no se obtiene mayoría, buscar a para que se dicte el cese de la intervención.

Lo primero sería una soldadita; lo segundo no. Desgraciadamente, esta cuestión de Corrientes se considera, según los propósitos políticos de cada uno, y no por los principios constitucionales que ella afecta.

Si no fuera así, no habría ligas antipadas para obtener un resultado preconcebido, con prescindencia completa de la Constitución.

La cuestión de Corrientes no puede salirse de estos términos:

1. Reconoce el Gobierno Nacional la legalidad de la elección del Dr. Derqui? — En este caso está obligado a sostenerla como gobernador de Corrientes.

2. Reconoce el Gobierno Nacional que la elección de Derqui es fruto de la imposición y la violación de las autoridades constitucionales? — En este caso está obligado a abandonar y garantizar al pueblo la libertad en la elección de Gobernador (Art. 8.º de la Constitución: «El Gobierno Nacional garantiza a cada Provincia el goce y ejercicio de sus instituciones locales»).

Toda combinación que se busque fuera de estos términos será una tracción hecha a los principios y un acto de cobardía de parte de los legisladores.

Las instituciones de los pueblos no se prestan a transacciones más o menos acomodaticias, ni pueden abandonarse a los azares de una guerra civil.

Cuando el Ejecutivo Nacional interviene en Corrientes, cumple con un deber. No hay ninguna situación en el régimen político que hemos adoptado, que permita en una Provincia la existencia de partidos armados, luchando por prevalecer en los campos de batalla.

Un gobierno de Provincia no puede hacer la guerra de su frente, porque la Constitución le prohíbe tener ejército y convocar milicias. Hace la guerra el Gobierno Nacional; y cuando el Gobierno Nacional manda y no es obedecido, se comete delito de rebelión, sea que la desobediencia venga del Gobierno de una Provincia, sea que venga de una fracción del pueblo en armas.

Es respondiendo a estos principios que la Constitución impone al poder nacional el deber de intervenir en las provincias para garantizar el goce y ejercicio de las instituciones locales; y para hacer efectiva la intervención, es que puede ser necesario la movilización de milicias, según sean acaloradas o resacas las órdenes del representante de la autoridad nacional.

Una vez producida la intervención, como lo está en Corrientes, no puede retirarse de allí sin remover las causas que la originaron.

El Dr. Derqui está en su derecho cuando trata de demostrar que ha sido legítimamente elegido gobernador de su Provincia; pero si más allá de lo que puede cuando pide que la intervención se retire, fundándose en que ahora tiene elementos para hacer la guerra con éxito.

El caso, como dicen los juristas, se ha producido, y es necesario resolverlo.

La autoridad Nacional tiene que pronunciarse sobre la elección de Derqui, y según sea el fallo la intervención o procederá.

Retirar la intervención en el estado actual de la cuestión es autorizar la guerra civil.

¡Fénelo bien el Congreso y nos encontrará razon.

La Tribuna.

Prision Indebida

No le basta al Dr. Lafuente robar el sueldo y el producto de su trabajo a esos infelices menores que como esclavos blancos tiene en el Depósito Correccional; ni cometer con ellos todo género de injusticias; ni hacer de la repartición a su cargo una mina inagotable que explotan él y otros empleados de la Capitanía.

encerrar aquellos papeles, no le había dejado tranquilo.

—Conoce perfectamente a su cuñado, y comprendía que para hablarle de aquel modo, alguna grave razón había de tener.

El conde no acostumbraba a alterarse por nada; su perversidad hacia la cierta punto era una perversidad pasiva; Eugenio era quien había obrado siempre y quien en caso necesario podría quedar comprometido, por lo tanto la gravedad del conde no debía reconocer por causa de un peligro que les amagase por consecuencia a los dudosos negocios que ambos habían reaizado.

Otra deba ser la causa, y esta era precisamente la razón de la inquietud de Eugenio.

El conde se había plegado siempre a su voluntad, y lo que él más temía era que llegase un momento en que tratara de sacudir aquel yugo y se presentara exigiendo como para él tenía derecho.

Si Eugenio cedía a las exigencias del conde, se le iban perdiendo, y sino accedía, se exponía a verse amenazado por quien teniendo tanta culpa como él, se hallaba sin embargo en una situación infinitamente más ventajosa.

Eugenio advirtió todo esto en la actitud de su cuñado, y precisamente en el estado en que sus negocios se hallaban, podía este ser un golpe muy terrible.

Así era que bajo aquella capa indiferente, oculta una inquietud profunda y un deseo vehemente de conocer lo que su cuñado le iba a decir.

—Eugenio — dijo el conde después de haberse sentido frente a su cuñado y encendido como éste su cigarro, — estoy quejoso de tí.

Llega ya hasta creerse investido en las atribuciones del Poder Judicial, y en esa virtud procede a hacer encerrar en la Penitenciaría.

El individuo Rafael Arcalessa se encuentra en esa Cárcel, por orden del Capitán del Puerto, desde hace más de dos meses.

¿Quién ha autorizado al Capitán del Puerto para dictar autos de prisión?

—De dónde arranca jurisdicción para proceder como lo ha hecho con ese ciudadano, y tal vez con muchos otros?

—¿Acaso porque esa arbitrariedad convenga a sus intereses, debe ser consentida, y cumplido por el Gobernador de la Penitenciaría el auto de prisión expedido por el Capitán del Puerto contra Arcalessa?

El artículo 18 de la Constitución Nacional dice con toda claridad y precisión: «ningún habitante de la nación puede ser penado sin juicio previo fundado en ley anterior al hecho del proceso, ni juzgado por comisiones especiales, o sacado de los Jueces designados por la ley antes del hecho de la causa;... ni arrestado sino en virtud de orden escrita de autoridad competente.»

Como se ve, la Constitución prescribe que los órdenes de arresto solo podrán ser expedidos por autoridad competente.

¿Lo es Lafuente?

—¿Le concede la Constitución tal facultad? No lo expresa ninguno de sus artículos.

Y aún en el supuesto de que Lafuente fuese autoridad competente para expedir esas órdenes de arresto, ¿túrgen nuestros lectores de la causa de la prisión de Arcalessa, y digáenos luego, ¿el teniente o no razón para exigir del Gobernador de la Penitenciaría que ponga inmediatamente en libertad a ese infeliz?

Arcalessa ejercía la profesión de marinero con un bote de su propiedad.

Un día, hace de esto ya más de dos meses, regresando al puerto Arcalessa con su bote pasó furtivo al Depósito Correccional establecido en el «Coronel Paz», de donde fue solicitado por dos menores para que los trajese a tierra.

Arcalessa, en el supuesto de que tuviesen permiso para ello, los trajo a tierra, donde después desaparecieron los menores.

Esos menores eran prófugos del Depósito; pero Arcalessa lo ignoraba y no lo supo sino cuando, al día siguiente, la Capitanía lo hizo aprehender y remitir a la Penitenciaría, por orden de Lafuente.

Es decir, pues, que si Arcalessa había contribuido a la fuga de esos menores, lo hizo sin conocimiento y sin intención criminal.

Esos menores, el hecho más grave todavía, de que Lafuente carece de facultad para dictar órdenes de prisión.

No es juez, ni tiene sus atribuciones. — Además, es digno de notarse, que la familia de Arcalessa, en los dos meses que esto lleva de prisión, ha hecho pesquisas inútiles para encontrar el bote de su propiedad.

La Capitanía se apoderó de él y Dios sabe que de él no ha tenido.

Insistimos, pues, en pedir que se ponga en libertad a ese infeliz.

Arcalessa ni ha cometido falta alguna, que lo haga acreedor a un calabozo de la Penitenciaría, ni ha sido puesto allí por autoridad competente.

La Pampa.

—El Dr. Febre empieza a sentir el movimiento de opinión que se está operando en la provincia de Entre-Ríos y como ya se había acostumbrado a mandar como amo, no puede sufrir que el pueblo se prepare a reivindicar sus derechos.

Por eso ya dió un primer aviso por medio de su periódico «La Voz del Pueblo», y deja entrever lo que hará con lo que se presentará oponerse a su voluntad.

En períodos, bajo el epígrafe *Prepararse para la recolección* — encuentra que Entre-Ríos está amenazada de un peligro, cual es que si la oposición es vencida, se lanzará a la revolución, e incita al Dr. Febre a conjurarse, y le pide que salga a defenderla.

—Como no te expliques mas, es difícil que te comprenda.

—No creo que sean necesarios grandes explicaciones, en tu misma conducta debes encontrar justificado mi re-entimiento.

—Soy a todo a mi conducta, encontraré por el contrario que en vez de motivos de queja, solo de elogio debes tenerlos respecto a mí.

—Vamos, Eugenio, que semejantes palabras parecen un sarcasmo mas bien.

—No sé porque.

—Tú desconfías de mí.

—¡Tú!

—Tú, sí; estoy bien seguro de ello, y esa desconfianza me ofende.

—¿Pero estás loco, a freído?

—No, por cierto.

—Pura broma, no siendo así, no me explico semejante exabrupto.

—¿Es decir, que todo lo niegas?

—Pero si hasta ahora no me has hecho cargo alguno.

—¿Quieres decirme que beneficio he sacado yo del viaje que hice a Italia?

—Hombre, ya te lo he dicho.

—¡Ob! tú me has hablado en términos muy generales, yo te he traído un individuo de allá, y tú me has destinado lo has reservado, ni que clase de prohibiciones lo has hecho pues al interrogarlo respecto a Julio reusa contestarme, cual si no estuviera tan interesado como tú.

—¿Es eso todo?

—Tú me dijiste que pensabas utilizar al marido y esta es la hora en que no sé como estamos respecto a ese niño, que, te lo confieso francamente, es mi sombra.

re a Entre-Ríos de los conflictos que lo traerán los vencidos en la lucha.

Esto en lenguaje oficial quiere decir: todo el que me haga oposición es revolucionario, y yo sabré poner a raya, a los que se atrevan a tener opinión propia.

Desde ya podríamos asegurar que si algún conflicto se produce en la provincia, será por causa de Dr. Febre, si en vez de dejar que el pueblo ejerza libremente sus derechos, hace 'as de Derqui' e irónico cortando la libertad del sufragio y persiguiendo a los que no piensan como él.

La Pampa.

SECCION OFICIAL

Ministerio de Gobierno.

En Montevideo a 3 de Mayo de 1878, estando reunidos en el despacho del señor Ministro de Gobierno, por invitación de éste, los señores doctores don Laudelino Vazquez, don Joaquín Requena, don Carlos Santurio, don José María Castellanos, don Carlos de Castro y don Martín Aguirre, que componen la comisión nombrada por decreto de 13 de Febrero próximo pasado, para revisar el Proyecto de Código de Instrucción Criminal, redactado por el doctor don Ludel no Vazquez, por encargo del Excmo. señor Gobernador del Estado, Coronel don Lorenzo Latorre, el señor Ministro expuso: Que interesándose y valientemente el Gobierno en dotar al país de los códigos que deben competir a su legislación prela con todos los adelantos que la ciencia y las exigencias de la época demandan para la mas segura administración de justicia y la mayor garantía de los fallos judiciales, había invitado a los señores abogados que se encontraban presentes, con el objeto de constituir la Comisión para que habían sido nombrados por el ya referido decreto de 13 de Febrero último, para que procediesen a la inmediata revisión del proyecto presentado, un Proyecto de Código Penal sobre la base de los adelantos trabajos de esta naturaleza que se han practicado en distintos países y aun en la República, adoptándolos en cuanto fuere posible a nuestras costumbres e instituciones, agregando S. E. que esperaba que los señores abogados presentes se prestaran a rendir este nuevo e importante servicio.

Después de cambiarse algunas ideas sobre los puntos sometidos a la consideración de la Comisión de abogados, quedó acordado:

1.º Que dicha Comisión se contraería al estudio y revisión del Proyecto de Código de Instrucción Criminal del doctor don Laudelino Vazquez, cuyo cometido les había sido confiado por consideración que este trabajo era de primordial importancia; debiendo presentar oportunamente su dictamen a la consideración del Sr. Superior Gobierno.

2.º Que la Comisión de Abogados aceptaba la honrosa tarea de formular y presentar un Proyecto de Código Penal, a cuyo trabajo empezaría a concurrir así que terminara la revisión del Código de Instrucción Criminal.

En este estado, el Sr. Ministro de Gobierno propuso que se nombrara un presidente y vice de la Comisión, resultando electos para el primer cargo el Dr. D. Laudelino Vazquez y el Dr. don Joaquín Requena para el segundo, acordándose que el actual secretario del Senado lo sería de la Comisión, reuniéndose ésta en el local que se designará.

Y a los efectos que correspondan S. E. dispuso se levantase la presente acta, ordenando se publicara y transcribiera a la Comisión de Código de Instrucción Criminal y Penal y lo firmara.

José M. Montero (hijo).

Laudelino Vazquez — José M. Castellanos

— C. de Castro — M. Aguirre — Carlos

Santurio — Joaquín Requena.

VARIEDADES

La Penitenciaría de Buenos Aires

(Continuación)

CILARIO NÚMERO 40

En los apuntes que hemos tenido a la vista so-

te, es mi sombra. Sé que tienes una especie de agente de policía del cual te sirves y finalmente que de la misma manera que usas la firma social y manejas los intereses de la casa sin darme cuenta alguna de las operaciones, en estos otros negocios en que yo tengo tanta parte como tú y tanto interés también, no soy mas ni menos que un zarandillo a quien manejas a tu antojo, a quien para nada consultas y que no sabe nada mas que aquello que tú quieres decir.

—¿Has concluido ya?

—Tengo todavía algo mas que decirte, pero eso lo reservo para después que hayas contestado a los cargos que te he hecho.

—¡Hasta ahora no he admitido cargo alguno que merezca la pena.

—Comprendo perfectamente que lo juzgues así, puesto que obrando de modo que lo has hecho demuestras bien claro que no le das otra importancia a mi personalidad que la que te conviene para el mejor servicio de tus intereses.

—Basta, Alfredo, — repuso Eugenio — mar tranquilo ya en vista del seño que tomaba la cuestión, — veo que no has escarmentado a pesar de las muchas veces que hemos sostenido por esas semejanzas, de las que has concluido por contentarte no tener las razones para suscribir.

—Precisamente es tu pretensión de siempre, creer que tienes razón para obrar como lo haces, y nada mas.

—Lo mismo en estas que en otras circunstancias, querido conde, no has estado justo; he llamado a mi nombre he debido callar, pero cuando he llegado el caso he hablado y has sabido lo mismo que yo.

bre el número 40 solo hemos encontrado lo siguiente:

«N. N. condenado a veinte años de presidio por homicidio, y robo de albasas.»

Con tan pobres datos no podíamos escribir nada que hiciera conocer al número 40.

Así es que resolvimos conversar con él y pedirle que nos diera algunos detalles sobre las causas de su prisión.

Ayer logramos verlo.

Qué cara de gran pillastre tiene el número 40! Según él, por los grandes secretos que está dispuesto a librarlos a quien quiera conocerlos siempre que lo coloquen en un bote de París, con unos cien mil francos en los bolsillos.

Es que el número 40 nunca derramó sangre según él y por amar demasiado a la luz siempre está a la sombra.

—¿Y cuáles son vuestros secretos? le preguntamos.

—Obt mis secretos! figura que ellos son la causa de mi prisión.

Yo he inventado algo que hace del hombre el ser mas feliz de la creación; pero para trabajar eso a go necesito polvos de brillantes y polvos de oro.

—¡Ah!

—Si señor, y aquí tenéis porque siempre a petaca de esos ingredientes he tropezado con salvajes que considerando un abuso de confianza, el encontrar mi mano en sus bolsillos, han dado en gritar, y armarme escándalos al extremo que he caído en la Penitenciaría.

—¡Ah!

—Si señor, y si vos 'sols periodistas, como me decís, es poco lo que ayudéis a este nuevo Colón, que lleva un mundo en la cabeza y le faltan elementos para darle vida.

Yo con mi secreto puedo convertir a todas las mujeres en vírgenes puras, a las abuelas las hago iguales a sus nietas y los hombres, oh, a los hombres les doy una juventud eterna....

—¡Ah!

—Si señor, prosiguió el número 40, figuraos que se me ocurrió hacer el ensayo en una señora vieja y ahí tenéis que vuestros estáis dos jueces, sin dudar creyendo que estabamos en plena inocencia, me tomaron por brujo y me soplaron a la cárcel.

Es el caso que supo que una señora que vivía en la calle de la Piedad tenía algunas albasas infinitas y unas viras onzas españolas, de oro de veinte y dos quilates.

Yo que tenía mi proyecto en germen, resolví llevarlo al calor del alma de esa excelente señora, utilizando sus brillantes y sus onzas de oro, con algunas que tenía arrojadas en una caja de fierro.

Es preciso que sepáis que a mas de mi gran secreto poseo el otro, y este es el de inventar ganadías para 'abrir toda clase de puertas, de cajas, botanaduras de cerrés etc. etc.

—¡Ah!

—Si señor periodista; yo puedo abrir todo lo que quiero: sé como una muchacha me ha de abrir su corazón, su alma, su....

—Y porque no os abris las puertas de la Penitenciaría? le interrumpimos.

—¡Ah! porque yo sé abrir muchas cosas, pero hay algunas que ni con mi segundo secreto sé cerrarlas, y como las bocas de los faules de los soldados del Guardia Provincial, siempre están abiertas, y como abertos están los ojos del señor O'Gorman, del intendente Wright y de los 'acalderos, cosas que no alcanzo a cerrar, ¿de que me serviría abrirme las puertas de la cárcel?

—¡Ah!

—Bien, pues, os decía que yo hago admirables ganadías, y utilizando una de ellas, una noche, ya pasadas las doce, entré en el cuarto de dormir de la señora anciana de la calle de la Piedad.

—¡Ah!

—Si señor periodista, abrí su caja de fierro, saqué las albasas, las onzas y me dije: «¡Buenol ya tengo como hacerme inmortal y hacer feliz a la humanidad! Con estas miserables materias que la mano oro y brillantes empezaré a hacer conocer mi secreto. Viva la juventud!

Y estaba en esto cuando se me apareció un

—¡Nunca!

—Falto de memoria estás.

—Porque la tengo muy buena y recuerdo perfectamente todo lo que conmigo has hecho, te hablo hoy de la manera que lo hago.

—Aun cuando a suposiciones tan gratuitas y tan ofensivas para mí, no debiera contestar, no quiero, sin embargo, continuar callando cuando de un modo tan incoherente se interpreta mi silencio.

—Esas son tus frases de siempre; tomas ese aire de dignidad ofendida con el cual sabes desaparecer mi cólera, me dices cuatro pa abras para satisfacerme, y vuelves después a seguir hacendos como antes todo lo que mejor te acomoda.

—To te prometo, — contestó Eugenio — aumentando mas la severidad de su acento, — que cuanto voy a decirte es la pura verdad, y que además por última vez voy a hablar de estos asuntos, pues estoy resuelto a que no continuemos así.

—¿Qué quieres decir, — preguntó el conde — tanto a armado por las frases de Eugenio.

—Qué después de las explicaciones que te dé, inútil será que continuemos ni formando sociedad para los negocios públicos ni para los privados.

—¡Cómolo!

Es lógico; la sociedad no puede existir entre personas que se desconfían una de otra.

—Dime si no tengo razón para quearme.

—Te o concedo y por lo mismo que lo creo así y que mañana volveríamos a las andadas, comprendo que no podemos continuar como hasta aquí.

—Perfectamente: eso solo faltaba, — exclamé —

FOLLETIN 57

MUJERES DE CORAZON

NOVELA DE COSTUMBRES

ESCRITA POR

D. ALVARO CARRILLO

un modo extraordinario. Estas mujeres gastan un dineral. Te envidio, chico, te envidio la libertad de que disfrutas y el gran aborro que tienes.

Y conforme decía esto, Eugenio afectando la mayor indiferencia, encerraba el cuaderno en el cajón de la mesa guardándose la llave en el bolsillo y ofreciendo un cigarro a su cuñado.

—Vamos, chico, fuma, mejor dicho, fumemos y hablemos.

—Decidido a eso venia yo tambien, — repuso el conde con acento un tanto grave.

Eugenio miró fijamente a su cuñado, y frunciendo algún tanto el entrecejo, le dijo:

—¿Ocurre a go de nuevo?

—Creo que hay no solo a go, sino a las.

—Pues sepamos que es ello.

Y el banquero arrellenado en el sillón, encendió el cigarro y procuró afectar una tranquilidad de que en realidad carecía.

Porque el acento del conde, su actitud, y el haberlo sorprendido, en el momento en que iba a

